

## Arte y política en los Círculos Católicos Obreros

**Yanina Leonardi**

**CONICET – UBA**

A fines del siglo XIX, se crearon en la Argentina los Círculos Católicos de Obreros (CCO) como respuesta a la encíclica *Rerum Novarum*, con el fin de incidir en la “cuestión social”. Si bien su propósito inicial residía en lo político, los círculos también incursionaron en el orden cultural. Para ello, su fundador, el sacerdote alemán Federico Grote, eligió una estructura que retomaba el mutualismo de las asociaciones étnicas y la acción social y cultural de las parroquias. El fin de los CCO era brindar al obrero y a su familia una asistencia que abarcaba desde la salud y la educación al entretenimiento, siempre dentro del marco de los lineamientos morales implementados por el catolicismo.

Nos interesa indagar en esa propuesta cultural, en las experiencias artísticas planificadas por los CCO a la hora de pensar en la recreación y sociabilidad de los obreros. Asimismo, consideramos que estas experiencias gestadas desde la Iglesia Católica nos llevan a repensar el vínculo entre el arte y la política, más allá de un imaginario de izquierda como generalmente se lo restringe.

La Argentina experimentó, en las últimas décadas del siglo XIX, un proceso de modernización que cambió rotundamente la fisonomía que había caracterizado al territorio desde la etapa colonial. Esta Argentina moderna, que dejaba atrás los procesos de guerras civiles, significaba la apertura de una etapa signada por la dominancia de las políticas liberales, contexto en el que cobraron protagonismo nuevos conflictos internos a la vez que nuevos actores sociales.

En el marco de un proceso de expansión económica y social del país, una de las medidas ejecutadas por el Estado fue la incorporación de fuerzas de trabajo de origen europeo. Entonces, la consolidación de un mercado de trabajo local estuvo dada mayoritariamente por la inclusión de inmigrantes provenientes en su mayoría de los países europeos meridionales, ocasionando un fuerte impacto poblacional y cultural en los centros urbanos y en menor grado en las zonas rurales.

La precariedad de las condiciones laborales tuvo como rápida respuesta el surgimiento de protestas y organizaciones obreras, donde cobró relevancia el accionar de agrupaciones de izquierda. Esta conformación del movimiento obrero rápidamente obtuvo como respuesta por parte del Estado medidas represivas que pretendían debilitarlo.

La Iglesia Católica comenzó a prestar atención sostenidamente a los distintos conflictos sociales dados en el marco del mundo del trabajo. Las numerosas huelgas obreras, las protestas por la obtención de los derechos laborales, los conflictos entre trabajadores y patronales, a la vez que la conformación de sindicatos con la intervención

de las agrupaciones anarquistas y socialistas fueron las temáticas que estuvieron presentes tanto en la prensa católica como en sus reuniones académicas.

En el plano internacional, debemos considerar la difusión e incidencia de las políticas del Vaticano a partir de la encíclica *Rerum Novarum* dada por el papa León XIII, en mayo de 1891. Es así como la Iglesia Católica en su discurso promovía una legislación laboral que resolviese los problemas más recurrentes en los reclamos obreros como el descanso dominical, la prohibición del trabajo infantil, los derechos de la mujer trabajadora, la previsión social, el derecho a la asociación laboral, entre otros.

Las repercusiones de la encíclica estuvieron presentes tanto en el accionar del Estado como de la Iglesia Católica y el sector empresarial. La creación de los CCO fue una respuesta concreta a la demanda de León XIII sobre las problemáticas sociales y laborales del momento.

Los CCO tuvieron dos directores espirituales de trascendencia para su desarrollo: su fundador, el sacerdote alemán Federico Grote, quien se desempeñó desde los inicios hasta 1912; y Monseñor Miguel de Andrea (1912-1915). En esta última gestión, se intensificó el carácter patriótico de las actividades. De Andrea que había sido formado en las ideas sociales del catolicismo europeo, y que contaba con el agrado de las familias de la alta sociedad porteña, consideraba que “sólo la acción organizada de los católicos podría revertir la evolución de las clases obreras hacia el socialismo” (Caimari, 2010: 44).

Los CCO seguían el modelo de las formaciones homónimas creadas en Francia por el conde de Mun, en la década de 1870. Según Grote, eran entidades abiertas que no requerían la pertinencia obligatoria a la religión católica, de ahí que su denominación “Círculos Obreros” no se restringía a una comunidad en particular, sino que, por el contrario, pretendía tener una llegada más amplia. Recién en la década de 1930 estas agrupaciones incorporaron el término “Católicos”. Más allá de sus denominaciones, los círculos sí profesaban entre sus socios una moral y conducta que respondiesen a la tradición cristiana, a través de la implementación de conferencias, cursos, lecturas y otras actividades que integraban su quehacer cultural.

Según su Estatuto, la finalidad de los Círculos era “defender y promover el bienestar material y espiritual de la clase obrera en marcada oposición a la funesta propaganda del socialismo y de la impiedad, que mediante promesas engañosas de efímera felicidad, llevan al obrero a su ruina temporal y eterna y acarrear a toda la sociedad males incalculables” (Auza, 1987: 33).

Para cumplir su propósito, los círculos entablaron un vínculo con asociaciones patronales disconformes con los reclamos sindicales y aún más con las leyes laborales implementadas por el Estado. Ante las huelgas, los CCO proporcionaban fuerzas de trabajo que le permitiesen a la patronal continuar con la producción. Pero su plan de concientización ideológica destinado a los obreros también incluía un proyecto cultural, disputándole el terreno no sólo a las agrupaciones de izquierda, sino también a la cultura popular urbana que era considerada como un factor que ponía en riesgo la moral de los obreros. Con ese fin los CCO se erigían como un lugar de sociabilidad con una impronta mutualista, educativa, recreativa y moralizante. El obrero encontraba allí un espacio que habilitaba la interacción con los pares, a la vez que se le ofrecían asistencia social, educación y recreación por medio del arte y el deporte.

La composición de los Círculos fue inicialmente masculina y diferenciada, alejándose de toda aproximación a una distinción de clase, ya que en ellos convergían tanto trabajadores como representantes de la patronal en una planificada armonía. En su formación se reunían distintos tipos de socios, organizados jerárquicamente: “honorarios”, “protectores” y “activos”. Los primeros se caracterizaban por su “cooperación moral”; los segundos, por su “colaboración pecuniaria” (Sánchez Gamarra, 1997: 200).

Uno de los grandes anhelos de los CCO era alcanzar un local propio donde desarrollar sus actividades. Este objetivo no siempre era logrado con facilidad, y para ello se realizaban todo tipo de gestiones ante autoridades estatales, municipales y eclesiásticas, e incluso, pedidos a privados. En el caso de los que no obtenían local propio, era común su funcionamiento en las parroquias barriales.

En la práctica, el proyecto cultural de los CCO se vehiculizaba en distintas vías, que le permitían intervenir en la vida cotidiana, estableciendo marcos de sociabilidad, costumbres y usos del tiempo libre, que no se limitaban a los trabajadores sino también a su familia.

En ese proyecto, uno de los ejes centrales fue la educación. Los CCO se ocuparon de la formación escolar de sus socios, y en particular de sus niños. Para ello se concibieron escuelas dentro de las sedes, donde se educaban a los hijos de los socios de bajos recursos gracias al patrocinio de los “socios protectores”. En el caso de no poder consolidar una escuela, tarea que demandaba un esfuerzo considerable que no siempre era posible mantener, era común otorgar becas. También se ocuparon de la educación de los adultos ya que muchos eran inmigrantes y no hablaban el castellano. Por ejemplo, en algunos CCO de la provincia de Bs. As., resultaba mayoritaria la cantidad de socios extranjeros. La labor educativa de los CCO para adultos, comprendía la capacitación laboral y la enseñanza de oficios, y se la denominaba Universidad Popular.

El área educativa encontraba su complemento en la Biblioteca, a la que se le daba la misma relevancia que en los círculos anarquistas o socialistas. Se trataba de insertar al obrero en una cultura letrada, a la que se le sumaba bibliografía referida al catolicismo. Muchas sedes contaban con salas de lectura, que le permitían al obrero tener un espacio adecuado y propio para una tarea instructiva.

Este proyecto cultural creía en la difusión de ideas por medio de la palabra escrita, y con ese fin se fundaron distintos órganos de prensa. El diario *El Pueblo* –fundado por el padre Grote en 1900- fue el más conocido. Era editado en el círculo central, y llegaba a los CCO de otras localidades. De todos modos, muchos círculos editaron sus propios periódicos, revistas y boletines.

Otra de las vías, fue el deporte. Se promocionaban algunas prácticas deportivas, incluyendo espacios deportivos propios, con el fin de promulgar una sana sociabilidad. Los deportes ofrecidos eran la pelota paleta, el basketball y las competencias de bochas. Se realizaban campeonatos entre los socios, al igual que de juegos de salón.

En el ámbito externo a los CCO, se organizaron las procesiones, que se daban en el marco de las celebraciones de fechas religiosas o alusivas al trabajador como el 1º de Mayo, y conformaban una actividad netamente masculina. La más notoria y trascendente fue la realizada anualmente a la Basílica de Luján. Estas procesiones

requerían ciertos rituales y organización, y constituían una imagen pública masiva de los CCO ante la sociedad. Las bandas de música propias muchas veces intervenían.

En función de mantener a los obreros en el marco de una moral católica, alejados de actividades como el juego y la bebida, o de la influencia de ideología contestatarias, los CCO desarrollaron una serie de prácticas de orden celebratorio o festivo donde se promocionaba un clima de armonía. El evento más recurrente eran las “fiestas” (Vidal, 2006), que estaban contempladas en el Estatuto a realizarse con asiduidad, y podían tener como motivo una fecha religiosa o patriótica. Estas celebraciones tenían una estructura que las caracterizaba: una comida o refrigerio, el dictado de una conferencia de temática religiosa a cargo de los intelectuales o líderes espirituales de los CCO, y la presencia de actividades artísticas que amenizaban la velada. Estas eran: el teatro, la música y el cine. En efecto, el arte era utilizado por los CCO como instancia de esparcimiento y sociabilidad. Era muy común que fomentasen la conformación de una banda musical, o las funciones de teatro, con la presencia, en algunos casos, de cuadros filodramáticos propios o elencos infantiles, quienes representaban un repertorio para toda la familia. Asimismo, otra de los propósitos de los CCO era tener una sala propia, que sirviese para ofrecer estas funciones teatrales, entre otras actividades. Muchos lo lograron, convirtiéndose así en el patrimonio edilicio de su localidad. Las salidas campestres, pic-nics y excursiones constituían otra de las instancias de sociabilidad y esparcimiento. Podían darse en espacios públicos o fuera de la ciudad, en el marco de fechas patrias o religiosas, pero no de modo excluyente. También podían incluir a la familia de los socios.

Este panorama no permite observar que las disciplinas artísticas intervinientes fueron el teatro, la música y el cine. Si bien advertimos que prácticamente se tomaron las mismas formaciones artísticas que las fuerzas de izquierda -los cuadros filodramáticos, los elencos infantiles o las orquestas y bandas de música-, el contenido de las mismas no se concebía como rupturista con respecto al orden dominante, ni pretendía construir una cultura alternativa.

El repertorio y los contenidos difundidos por las artes mencionadas podían ser de temática religiosa –como, por ejemplo, las películas de vidas de santos-, o no. Muchas veces nos encontramos con producciones concebidas por fuera de lo religioso, pero que respondían a la moral católica. Tal es el caso, en lo que hace al teatro, de las obras del dramaturgo español Alejandro Casona. El cine fue utilizado intensamente por estas formaciones como instancia de esparcimiento, no solamente destinados a los obreros, sino también a sus familias. Eran comunes las funciones para los hijos de los socios acompañadas de una merienda.

En términos generales, podríamos pensar que las prácticas artísticas y culturales de los CCO se concebían como vías para establecer formas de sociabilidad entre los sujetos, como instancias de esparcimiento, o pautas para la recreación durante el tiempo libre, e impartir una instrucción, todo en un marco inscripto ideológicamente en la tradición cristiana católica. De ese modo, se intentaba alejar a los obreros del accionar de las fuerzas de izquierdas presentes en el país a la vez que de la cultura popular. El arte en los CCO se constituía en un puente que ponía en contacto a los trabajadores con la Iglesia.

### **Algunas conclusiones**

A la hora de indagar en la cultura obrera, consideramos que resulta necesario recorrer cada una de las experiencias que tuvieron a los sectores trabajadores como destinatarios exclusivos. Los CCO constituyen una de ellas, que en general se la considera solamente desde su parte sindical y política.

Pero más allá de la intervención en la formación política de los trabajadores, nos encontramos con una propuesta cultural –donde el arte intervenía– que pretendía incidir en la vida cotidiana y cultural de los mismos, estableciendo marcos de sociabilidad, costumbres y usos del tiempo libre. A partir de este uso del arte creemos que es necesario repensar el vínculo entre el arte y la política más allá de las prácticas de izquierda. En efecto, desde una institución conservadora también se pensó que el arte podía ser una herramienta útil tanto para diseñar la sociabilidad de los obreros como para intervenir en su formación ideológica.

## **Bibliografía**

Auza, Néstor, 1987. *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Tomo I. Grote y la estrategia social*. Buenos Aires, Don Bosco-Docencia-Guadalupe.

Caimari, Lila, 2010. *Perón y la Iglesia Católica. Religión. Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*. Buenos Aires Emecé:

Lida, Miranda, 2012. *La rotativa de Dios. Prensa católica y sociedad en Buenos Aires: El Pueblo 1900-1960*. Buenos Aires, Biblos.

Rapalo, María Ester, 2012. *Patrones y obreros. La ofensiva de la clase propietaria, 1918-1930*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Recalde, Héctor, 1985. *La Iglesia y la cuestión social (1874-1910)*. Buenos Aires, CEAL.

Sánchez Gamarra, Alfredo, 1997. *Vida del Padre Grote. El apóstol de los trabajadores*. Buenos Aires, Federación de los CCO: 200.

Vidal, Gardenia, 2006. “Ciudadanía y asociacionismo. Los Círculos de Obreros en la ciudad de Córdoba, 1897-1912, en *Revista Escuela de Historia*, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta, Año 5, Vol. 1: 25-57.